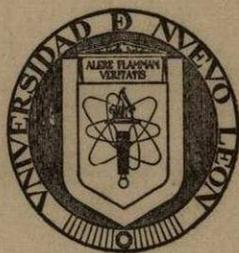


HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

18



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1977

En verdad, que no había caído en la cuenta, hasta el momento presente, que pudiera haber, digamos una sección especial, dentro de la formación profesional del historiador para los que quisieran ser historiadores regionales. Pensaba que, quizá, así como los estudios particulares que se ofrecen a un joven para convertirse en médico eran generales en su formación académica, no obstante que en la práctica, el joven profesional encontrara mayor facilidad y satisfacción y éxito en ejercer la clínica o la cirugía y de allí la designación posterior de especialista, así mismo el historiador buscaría, una vez en posesión de los instrumentos y destreza intelectuales adquiridos en el campo de su disciplina, la historia que más le agradara practicar. Tenía la impresión de que la preparación formal, básica y teórica en escuelas e institutos superiores daba oportunidad al historiador para decidirse por los aspectos económicos, sociales, políticos o culturales de la historia para lo cual, desde luego necesitaba mayor entrenamiento en el conocimiento de la economía, las ciencias sociales, la literatura, la religión, etc., pero no necesariamente cuando se tratara de la mayor o menor dimensión especial, esto es regional o nacional, de su estudio. Pero es muy posible que yo ande atrasada en mis conocimientos o equivocada en mis creencias y así como el psicólogo de nuestros días ya no tiene que ser médico, el historiador regional no tenga que ser, por decirlo así, general.

Como por alguna parte había que empezar, fui a buscar al diccionario esa palabra regional que tanta inquietud me estaba causando. Encontré la siguiente definición: una región es una porción de territorio determinada por características étnicas o circunstancias especiales de clima, producción, topografía, gobierno, etc." y regional lo que pertenece a la región.

Parece que una parte de la definición apunta a la historia, otra a la geografía. La segunda parte del concepto me fue fácil de ejemplificar, quizá por la mayor permanencia en el tiempo de sus componentes naturales. Los mexicanos sabemos más o menos, que el territorio de nuestra república tiene sus características particulares. Hablamos de las tierras bajas y de las altas o de arriba, de las frías y las calientes, de las tropicales y las desérticas. También reconocemos con facilidad la producción local: mangos de Córdoba, cocos de Colima, uvas e higos de Aguascalientes, fresas de Irapuato, trigo de Sonora, fierro y acero de Monterrey, camarones de Campeche. Y quizá haciéndonos preguntas un tanto cuanto pedantes y patrioterías llegáramos a descubrir que también las modalidades del gobierno no son las mismas en las distintas porciones del territorio nacional.

En cuanto a la primera parte de la definición, ésa que alude a las características raciales, lo que parece ponernos ya en dirección del panorama his-

tórico pues se refiere a grupos humanos, encontramos también allí, en el acervo cultural, elementos con los cuales podemos aventurarnos en nuestra indagación. Es común y corriente entre los mexicanos advertir diferencias entre ellos mismos: bajitos y finos de Yucatán, pintorescos y locuaces veracruzanos, tapatíos cantarines, pausados y cortantes nortños. No estamos entonces inventando el estudio de esas regiones mexicanas, que con sólo un poco de reflexión aparecen distintas unas de otras en nuestra cultura general. Es por tanto, un hecho de valor aceptado por los mexicanos que en la República hay regiones que se diferencian unas de otras. De aquí podríamos pasar a decir que, en consecuencia, cada una de ellas podrían tener una historia propia, distinta de las demás, para la cual el historiador se tendría que preparar especialmente.

Pero, ¿es este primer paso resultado de una reflexión de tipo histórico? Pues no precisamente, si queremos depender solamente de la región, porque generalidades de este tipo las podríamos haber leído en la obra de un geógrafo. Por ejemplo, Oscar Schmieder menciona las características regionales con el nombre de "bases naturales" (clima, producción, topografía, gobierno) y partiendo de ellas describe el paisaje cultural, esto es, que en una región geográfica caracterizada señala la presencia del hombre acomodado o adaptado al medio ambiente. Las consideraciones que a este respecto hace son, por supuesto geográficas y cuando adelanta en su estudio, atendiendo a las bases naturales y al paisaje cultural, llega hasta la geografía humana o la geografía histórica. Desde luego él maneja datos históricos, pero sólo para completar la descripción geográfica y no la de los hombres, como objeto de su estudio y, lo que al historiador interesa son los hombres, la vida pasada, la sociedad que ellos conformaron y a la que pertenecieron y no, como objeto primero y preferente del estudio, el rastro que haya quedado de su presencia en determinada región.

Hasta aquí creo podría servirnos la definición del diccionario de la lengua. Evidentemente ésta apunta a cosas concretas, que vemos no son el objeto del estudio de la historia, podríamos descartarla sin más.

Pero, no obstante esta primera precisión en la indagación, como que no quedamos libres de preconceptos que son del dominio general y que constituyen una especie de carga intelectual que nos inclina a dar por supuesto que si hay regiones geográficas caracterizadas, la historia de los hombres que las habitaron podrían quedar, en alguna manera determinada por la región. ¿Convendría aprovechar esta noción para perseguir su historia? Veamos.

Partiendo de la región, luego vienen a la memoria algunos nombres: la

Mixteca, la Huasteca, la Galicia, la Tarahumara, el Bajío, el Septentrión. Fijándose un poco, luego advertimos que unos son de origen indígena, otros español y esto ya apunta al paso del tiempo. En un catálogo de regiones que nos propusiéramos hacer, la abundancia de nombres indígenas, sobre los españoles, nos llevaría a concluir que, en alguna época, el territorio nacional debía haber estado compuesto de mayor número de regiones reconocidas por los tipos étnicos que las habitaron, de las que señala para la república la geografía moderna. Esto podría ser porque el interés de nuestra búsqueda estaría encaminado al encuentro del grupo humano y no al de la región natural. ¿Quiere esto decir que hemos estirado la definición del diccionario, aplicable sin duda a la geografía para ponerla al servicio de la historia? Sigamos por este camino y veamos hasta dónde nos lleva.

Si el interés está ya en el grupo humano, en el grupo étnico, podríamos preguntarnos de cuántos pueblos indígenas, de los que caracterizaron una región se tiene noticia. Para estudiarlos entonces se prepararía un correspondiente número de historiadores. No seamos ambiciosos y queramos extendernos por todo el territorio nacional, por de pronto. Fijémonos sólo en la porción más densamente poblada, en esa franja del continente que va de los ríos Lerma-Santiago-Tololotlán y Pánuco hasta la península de Yucatán. Quizá encontraríamos un centenar en esa porción, cada uno de ellos acomodado en su región particular. ¿Serían éstos los sujetos de nuestra historia regional? Pues es dudoso, porque para identificarlos hemos tomado la información de las noticias que proporciona la antropología, la etnografía, la arqueología y posiblemente la pre-historia, pero no precisamente de la historia, que se sirve, como indica la más sencilla clasificación de las ciencias de constancia escrita para reconstruir la vida pasada. ¿Otra pista falsa?

Sin más recurso que la evocación, las nociones generales que hemos manejado para encontrar el camino de la historia regional aún piden consideración. Volvamos al asunto del centenar de regiones.

Para descubrirlas nos ayudamos de otras disciplinas, las llamadas ciencias afines en relación con la historia y éstas en alguna manera se refieren a los hombres. Una vez topándose con individuos, al que le interesa la vida pasada le cuesta trabajo hacer un corte tajante y mucho más en un tiempo histórico remoto, por más que éste le ayude a precisar el objeto de su estudio. Al que le interesa lo que aconteció antes de su tiempo, le resulta generalmente penoso romper la continuidad de la vida pasada. Muchas veces, en su interés y ambición por conocer el suceder de sus personajes en el tiempo, quiere ocuparse, tanto de lo que ha dado en llamarse el tiempo histórico largo, como pueden ser la permanencia de las características de raza, como del corto, que

puede referirse a acomodos sociales y culturales de menor duración. No se siente a gusto sin conocer el origen de los hombres que estudia y le preocupa su paradero. Por eso toma a los hombres de una región y comienza su estudio cuando éstos vivían dentro de horizontes muy limitados. Sigue adelante y se va percatando que, con el correr del tiempo, el grupo que habitó la región va perdiendo sus características gentilicias. El contacto, en el espacio, de uno y otro grupo y quizá el crecimiento demográfico van erosionando lo singular y particular de cada tribu, ensanchando, en buena medida, los límites naturales de su especial región, hasta incorporarla quizá a otra mayor o, como también puede suceder, dejándola de lado, pues los rasgos específicos se debilitan muchas veces hasta hacerse irreconocibles. El trato con los vecinos y el comercio, en su acepción más amplia, como apuntaron los españoles de la época colonial, produce, con el tiempo, un desarrollo histórico de difusión cultural, de superposición de grupos que podemos observar, desde el más remoto pasado hasta nuestros días. Muchos elementos homogeneizadores contribuyen a este proceso, uno de primera importancia es la lengua. En nuestro mundo, el náhuatl fue lengua franca conocida que saltó las barreras regionales. Siglos después, en su intento de borrar las diferencias autóctonas y superar, por medio de un habla común el regionalismo étnico y natural, el español impuso su lengua. Por las razones apuntadas, en estos tiempos, con siglos de vida histórica mexicana, que llegan casi ya al milenio es difícil contemplar nuestra historia atendiendo a los particulares regionales. Es mucho lo que se ha perdido de la historia y poco lo que queda específicamente regional. El que va por este camino, perdida la veta de la primitiva historia regional, termina por señalar la herencia cultural que es común a todos los pueblos y regiones de la república. Porque, en verdad al punto a que ha llegado nuestro conocimiento histórico es más fácil y frecuente hacer historia de la civilización, que perderse, con lo que parece una serie de minucias de escasa permanencia.

Este camino, que no tiene nada de nuevo y sí mucho de trillado, tiende a considerar la criba de las historias regionales como el único conocimiento histórico de valor universal. Por este procedimiento, eliminando las características regionales y atendiendo sólo a las coincidencias, se puede llegar a deformaciones inaceptables, como, para poner un ejemplo, llamar "anomalía" a los indios del Septentrión. La palabra no es gratuita, hubo historiador angloamericano que llamó a los indios de allá "anomalía del paisaje" y, aunque sin usar la palabra, ha habido quien considere a Benito Juárez una anomalía entre los gobernantes de México. Por este camino de la enciclopedia, que puede confundirse con el de la historia de la cultura, podemos deslizarnos sin sentir hasta la historia totalizadora, diríamos de corte

imperial, como se manifestó en la ilustración dieciochesca y por tanto a la conclusión de que, el que estudia la historia de una región ya ha estudiado la de todas y afirmar, sin escrúpulos, en nuestro mundo, que el que ha visto un indio ya los ha visto a todos. En relación con los grupos étnicos y en un acontecimiento particular, Miguel León Portilla, con la fina presentación de la *Visión de los vencidos*, nos ha hecho caer en la cuenta, de cuán fácilmente nos podemos acostumbrar a despachar los sufrimientos de los mexicas conquistados con las frases tradicionales del lecho de rosas. Llegar a extremos como los mencionados demuestra que no es éste el camino que nos puede llevar a la historia regional, no obstante que partimos de regiones y grupos étnicos particulares, puesto que evidentemente hemos menospreciado lo que es único y propio de cada una de ellas.

Con el propósito de ver funcionando la región en relación con la historia y por medio de un lenguaje técnico, que por el uso caprichoso y errático que le he dado ha perdido su valor científico, me he dejado llevar a divagaciones, que quizá, después de todo, puedan resultar útiles, pues vienen a ser ejemplo de pensamientos que no tienen asidero seguro, que apuntan en una dirección y siguen otra. El tema de esta charla empieza con estas palabras: "Exigencias de una metodología científica..." y es precisamente sin método como hasta aquí he llegado. Para evitar justamente esas divagaciones, confusiones y titubeos, para ir en derechura al objeto de su estudio es para lo que el interesado en los seres del pasado, el historiador, recibe una preparación formal.

No podría, ni sería oportuno aludir aquí a todo lo que exige una metodología científica, que generalmente se conoce con el impresionante nombre de hermenéutica. Sabemos que se ha llegado a ella para facilitar y precisar el conocimiento histórico. Se tiene confianza de que por medio de las operaciones que ella considera imprescindibles, el historiador estará en posibilidad de reconocer los testimonios históricos y saberlos interpretar.

Hay infinidad de escritores que narran acontecimientos, que reúnen efemérides, que con sus escritos no han dejado perder los nombres y acciones de personas de todas condiciones y clases, que son, en una palabra, los que sin pretensiones académicas escriben por gusto y curiosidad, interesados en las vidas de sus semejantes y en los acontecimientos del momento y cuya lectura satisface a un gran número de lectores por muy variadas razones. Son éstos historiadores a los que podríamos llamar de producción espontánea, cuyas letras serán siempre bien acogidas y aprovechables. Pero he mencionado una preparación formal en relación con aquéllos que quieren hacer de la historia una profesión.

Hace ya algunos años, aquí en esta ciudad de Monterrey, don Alfonso Reyes decía que, el mayor pecado del historiador era decir mentiras, dejarse poseer por el monstruo que "miente a sabiendas". Y lo decía, porque, como profesional de una disciplina y a la altura a que ha llegado el conocimiento, el historiador no puede ignorar que hay reglas y leyes a las que tiene que sujetarse para practicarla como ciencia de valor universal. Los historiadores de escuela, aquéllos que quieren hacer de su quehacer algo permanente, válido y confiable no pueden ignorar los preceptos de un arte o ciencia que practican "a sabiendas".

Sería largo y tedioso repetir ahora lo que tantos teóricos de la historia han expuesto brillantemente como necesario para identificar la disciplina, conocer los testimonios históricos y saberlos interpretar. Bástenos mencionar que el fuerte del historiador deben ser las lecturas, de preferencia en varios idiomas, puesto que en lo escrito descansa la historia. Deberá ser un lector avisado y entendido que sepa distinguir toda clase de textos, analizar y resumir información, descubrir la importancia de cada escrito, que no es lo mismo una capitulación que un recibo mensual, aunque ambos sean esenciales para completar la narración de un acontecimiento. Tener habilidad asimismo en el manejo de números, saber hacer cuadros sinópticos, gráficas, estadísticas, guías bibliográficas e índices. En fin, ser un fino analista y un compendiador confiable, razonablemente escéptico y cautelosamente creyente y además un investigador infatigable para localizar, reunir y aprovechar tantos datos perdidos u olvidados como son necesarios para reconstruir el pasado.

Por otra parte, difícilmente podríamos asentar que el historiador haya sido en México un pensador pasivo, encerrado en su torre de marfil. Desde Bernal Díaz y Alonso de Zorita, sin olvidar a Hernán Cortés, pasando por Alamán, Zavala, Bustamente, Mora, el padre Mier, Justo Sierra y Riva Palacio, hasta llegar a Daniel Cosío Villegas, nuestros historiadores han sido hombres de acción, casi podríamos decir que de intensa y apasionada acción. Vivieron en continua comunicación con sus semejantes, aprendieron a interpretar a los muertos por su conocimiento de los vivos, así que es de desear que el historiador sea un miembro activo de la sociedad a la que pertenece.

¿Quiere esto decir que la preparación del historiador es penosa y lleva muchos años? Ciertamente. Marc Bloch ya nos previene que la vida es demasiado breve y que los conocimientos se adquieren lentamente. Muchos ejemplos corroboran lo apropiado de esta observación.

Fijémonos sólo en uno, en una de las historias que por el título parece ofrecer historia de una gran región, la de Matías de la Mota Padilla, *Historia*

del reino de la Nueva Galicia. A pesar de parecer referirse a todo un reino, su obra de toda la vida trata primordialmente de la ciudad de Guadalajara y de sus habitantes, adicionada con noticias de aquí y de allá que don Matías reunió, pero de las que no se hace responsable. Generalmente éste es el procedimiento, implícito o explícito que sigue el historiador: reúne noticias, que le resultan mucho más aceptables y satisfactorias si son el resultado de estudios pequeños, por lo concreto del tema, pero amplios mientras más aspectos de la vida pasada presenten y los integra a lo que él mismo reconstruyó. Por mucho que se quiera y aun suponiendo una larga y laboriosa vida de esfuerzo y dedicación, es difícil que haya individuo que sea capaz de acumular el enorme volumen de noticias que requeriría poder hacer la historia de un amplio territorio, concediendo a cada región y a sus habitantes la misma atención. Es muy frecuente, que en los casos en que el historiador ha llegado a reunir suficiente y adecuada información y a interpretarla correctamente, si se sale del tema o la región, la aplique, por extensión a otro paralelo. Si estudió las haciendas de los jesuitas, generaliza la caracterización para las demás del virreinato, si conoce la historia de la lucha agraria de Zapata, la supone también en Francisco Villa. Y no por ligereza o desenfado, sino porque incapaz de acumular más y más información, ordenarla e interpretarla, presupone desarrollos históricos semejantes, justificado, hasta cierto punto, como ya apunté, porque en el pasado de nuestros pueblos siempre se pueden encontrar coincidencias. Su contribución personal, en esta manera de hacer historia le vendrá muy posiblemente del dominio que tenga del arte de la composición literaria, de encontrar la frase jamás escrita, de contar la vida pasada como antes no se había contado, pero no de la específica investigación histórica.

El mucho tiempo y esfuerzo que requiere elaborar un texto histórico puede reducirse y facilitarse cuando se sigue el método y la técnica de investigación que ahora propone la enseñanza académica para los que quieren ser historiadores, tanto si su intención es dedicarse a la historia universal, la de la nación mexicana o a la de un modesto villorrio. Recuerdo a Antonio Alatorre, quien en su cátedra de Teoría literaria decía que, tan buen poeta podía ser el que escribe un gran poema épico como el que describe amorosamente los cuernitos de un caracol de jardín, lo único que se requería de ambos era que supieran su oficio. Creo que lo mismo se puede decir del historiador.

No es por la mayor o menor, específica o general preparación académica por lo que es conveniente fijarse en el historiador regional. Una situación de

hecho, las limitaciones vitales del investigador, obliga a los profesores a considerar la importancia del historiador regional con especial atención.

Partimos de la imposibilidad que tiene un solo individuo de abarcar toda la historia de un país como el nuestro, de un pasado fragmentado por la geografía y el asentamiento, en distintas épocas y regiones de hombres de diversa estirpe. Esta realidad impone a los historiadores profesionales la solución de tener cada pueblo, cada villa, cada región su historia particular y específica, que presente la vida que allí sólo se desarrolló, que satisfaga a sus habitantes, en la que puedan confiar, con la que se regocijen y acaso, a la que acudan para disponer el futuro. Pero, sin comprometerse ya con la historia nacional, la dedicación a la historia regional, no quiere decir, y permítaseme la insistencia, que al historiador local se le exima de las imposiciones metodológicas que se exigirían a cualquier otro historiador. Sería como decir y valga la comparación, que el miniaturista no necesita ni saber dibujar, ni distinguir los colores. Al historiador regional se le pide, como al nacional o continental, el conocimiento de los planteamientos teóricos de su disciplina, los procedimientos adecuados para el acopio de materiales, el examen y crítica de éstos y por lo menos una discreta capacidad de exposición oral y escrita. El mejor ejemplo moderno que puedo señalar de historiador regional, que ha cumplido con todos los requisitos de su disciplina, es el de Luis González y su famoso libro *Pueblo en vilo*, escrito después de muchos ejercicios de composición histórica, ensayos, síntesis, bibliografías, ya en posesión de una vasta erudición y de muchos años de cátedra de Teoría y método de la historia.

A cambio de tanta exigencia, el historiador regional tiene, por fortuna algunas ventajas sobre el de más amplio territorio. Como es notorio en nuestros tiempos, en el mundo de la ciencia, la tarea repartida y compartida es más llevadera y eficaz y el que mide sus fuerzas con discreción y sabe hasta dónde puede llegar tiene sus recompensas. El historiador regional, con su dedicación a un solo lugar, podrá convertir, con sus escritos, a la historia de la región, en verdadera historia universal. Hasta ahora, en México han escrito historia los que han tenido un gran interés por explicar o explicarse lo que ha acontecido a otros mexicanos. A esta actitud se le llama vocación en el mundo académico. A veces es amor, otras interés, otras necesidad de comprensión o todas estas apetencias reunidas. Es más frecuente encontrar esta actitud emotiva entre los miembros de una pequeña comunidad que en las grandes concentraciones humanas, despersonalizadas y regimentadas y tener vocación es un buen principio para el trabajo histórico, que, en reali-

dad, difícilmente se puede emprender por otros motivos, pues si da alguna honra, apenas se puede hablar de provecho.

El historiador regional trabaja en ámbito reducido, podríamos decir que tiene sus materiales a la mano: apuntes, cartas, periódicos, folletos, libros que conservan los vecinos; archivos parroquial y municipal; facilidad de movimiento para visitar casas, ranchos, templos, ruinas de culturas pasadas, posibilidad de verificar descripciones geográficas y conocimiento o maña para entrar en diálogo con los vecinos. Es posible pensar, que en él se produzca de manera más auténtica la destreza para recrear, en sus numerosos detalles las vidas que le son afines. En buena medida el historiador regional tiene mayor posibilidad de distinguir a los hombres del pasado, de conocer sus trabajos y afanes, sus aspiraciones, sus dolores y esperanzas, sus aventuras y permanencias, sus creencias, porque, generalmente el historiador nacional se tiene que fijar en las grandes figuras, en los hombres que sobresalieron, en los acontecimientos de ruidosa o larga repercusión, en las determinaciones que identifican un momento crítico, en la riqueza o pobreza general y, por tanto, sus textos, por manejar en mayor medida generalizaciones y abstracciones se acercan a los de filosofía de la historia o de sociología. El historiador regional se puede defender mejor de caer en esa tentación. Llamo a este desenvolvimiento, tentación, no porque no sean necesarias obras de esa naturaleza. La historiografía mexicana se empobrecería notablemente si no tuviéramos las historias de Lucas Alamán, fruto de la pasión política o la de Justo Sierra, de objetividad razonada, sino porque volverían a quedar huérfanos de historia particular tantos grupos de mexicanos, convertidos, por abandonados en puntitos de un censo, que son útiles sólo para sumar y restar.

Una última observación quisiera hacer. Hace muchos años, refiriéndose a la historia de Yucatán, el maestro Dr. Silvio Zavala decía, que, era necesario emprenderla, porque asentaba, con ironía desusada en él, que si no la hacían los yucatecos vendrían "los mexicanos o los norteamericanos" a hacérsela. Y pienso que no sólo le parecía inconveniente porque faltaría en ella el sabor que tiene el fruto de la tierra, sino porque, digámoslo de esta manera, para facilitar su tarea, los no oriundos, suelen llevarse lejos los materiales, pensemos que para estudiarlos con más comodidad, en grandes centros y ricas bibliotecas. Por falta de quien se ocupe de los testimonios del pasado se pierden muchos valiosos documentos que van haciendo cada día más difícil conocer el pasado de muchas regiones mexicanas. En este sentido, el historiador regional tiene una especial responsabilidad profesional y social, pues es muy cierto que sólo él y no otros de diferentes intereses, puede valorar lo que es testimonio del pasado. Por tanto no debería confiar, si está de veras

en su profesión, que otros de ajenas inclinaciones u ocupaciones hagan su tarea y mucho menos que con cualquier pretexto los "extranjeros", y los hay de muy diversas condiciones y regiones, lo liberen de llevarla a cabo.

Es imposible predecir a dónde irán a parar los historiadores que se preparan en las aulas, tanto de la provincia como de las grandes metrópolis. Se ha visto que unos se integran al mundo cosmopolita, otros de hecho o con el pensamiento y la obra vuelven a su lugar de origen, pero tanto si son historiadores continentales o regionales, creo firmemente que las posibilidades de éxito son mejores si están amparados en su profesión por un método y una técnica rigurosos, adquiridos en la práctica fiel de su disciplina.

José M. V. M.
Centro Regional de Estudios
1943

En la actualidad de todos estos años, si no, debemos recordar, la patética situación en que se encuentra la historiografía en la provincia mexicana y el nivel tan desproporcionadamente inferior que guarda respecto de la capital.

Elo no es imputable únicamente a los provincianos, entre los cuales se encuentran los verdaderos apóstoles del estudio del pasado, que, con gran paciencia y a costa de innumerable sacrificio, han podido mantener una flama viva en sus solares.

A manera de ejemplo, me gustaría referir el caso de Enrique Troilo, a quien pude ver y hablar parcialmente y hasta ayudar modestamente en la preparación de su historia de San Gabriel, población del sur de Jalisco de aproximadamente 12 mil habitantes que actualmente perdió el nombre oficial de ciudad Venustiano Carranza. En ella nació Enrique hace casi 40 años y en ella sobrevivió gracias a sus habilidades para la toponimia.

La impresión que este autor hizo en cuanto a unirse y su espíritu a decirlo así, en cuanto a poca disponibilidad en materia de libros, para ello, parte el enorme caudal de información de primera mano de que dispone para escribir su libro, con una minuciosidad que causa envidia, me recuerda una admirable recorda por el quehacer historiográfico y es que, por su pueblo digno de ser el orgullo del y privado del que la provincia.

Además, al finalizar el libro, Troilo dice que pasó a una

Letras en el III Seminario de Historiadores de Jalisco, Mérida, Sept. 1946.